

Capítulo 1

10500 a.C. Continente perdido de Atlantis. 260 días para el crepúsculo estelar. Aproximándose al umbral de la órbita oscura.



Un súbito y desapacible movimiento de la cama sorprendió a Anya, que seguía acostada a primeras horas de la mañana. Alzó la cabeza para mirar a su alrededor y la cama se sacudió de nuevo, pero esta vez el movimiento fue mucho más brusco y ella estuvo a punto de salir despedida. Los escasos muebles que adornaban su habitación también se movían con violencia. Anya se aferró a la cama con las dos manos mientras trataba de comprender lo que estaba sucediendo.

Era la tercera vez en esa semana que temblaba y parecía que cada nuevo sismo aumentaba en duración e intensidad. Anya no sabía qué hacer. Los muebles de la habitación vibraban con estrépito, producían rechinos al deslizarse por el suelo; resultaba aterrador. Pensó en salir corriendo pero no se sintió capaz de sostener el equilibrio. Siguió aferrada con ambas manos a la cama, observando el techo de la habitación. Trató de tranquilizarse, sabía que la tecnología de todos los edificios construidos por el Gran Concejo era resistente a los movimientos telúricos. Aun así, el ruido y el movimiento le provocaban verdadero terror.

Poco a poco el temblor empezó a perder fuerza hasta que el movimiento de la habitación cesó por completo. Anya corrió hacia el balcón para ver lo que sucedía afuera. Tan sólo unos días antes había regresado a su habitual mundo en la capital y no obstante se sentía sumamente extraña con los cambios que había sufrido el lugar tras el ataque de la Orden

de los Doce. El recinto sagrado había sido profanado por cientos de manifestantes que eran manipulados a su antojo por oscuros intereses políticos. Debido a esto, el conflicto entre el Gran Concejo y el senado se había acalorado todavía más en los últimos días, y se preguntaba hasta dónde llegarían las cosas. El senado reclamaba ahora el gobierno completo de la nación de Atlantis, pero los miembros del concejo no estaban dispuestos a ceder de manera tan fácil un sistema de vida pacífico y armonioso que había regido a su pueblo por más de tres mil años. Para empeorar la situación, la sospecha sobre la complicidad del senador Túreck con la antigua secta de magos de la Orden de los Doce hacía que las negociaciones entre ambas partes fueran aún más difíciles. Anya deseaba que todo se tratara de una simple pesadilla y que pronto su nación volviera a la normalidad, pero algo dentro de ella le hacía saber que los tiempos de paz habían terminado. Ahora tenía que cumplir con su responsabilidad como maestra guardiana del templo y proteger los secretos del conocimiento de la magia compleja que los concejales habían resguardado celosamente por miles de años. Tenía que enfrentar la realidad. El Gran Concejo y el senado habían externado sus diferencias desde hacía más de veinte años y ahora, con el advenimiento del comercio, el antiguo sistema se desmoronaba pieza por pieza.

Anya miró a su alrededor y se percató de que debía adaptarse a su nueva situación. El complejo del templo se encontraba custodiado día y noche. Sus puertas de acceso, que durante cientos de años habían permanecido abiertas para todos los visitantes, ahora permanecían cerradas y vigiladas por numerosos guardias. Las manifestaciones en contra del concejo eran cuestión de todas las días y amenazaban con causar nuevos estallidos de violencia entre la población. El concejo había ordenado a los guardias del palacio establecer un perímetro de vigilancia alrededor del complejo para

evitar un nuevo ataque sorpresa por parte de los manifestantes. La atmósfera de paz que había reinado durante siglos había desaparecido. Anya se encontraba sola, haciendo frente a su responsabilidad de dirigir a los guardias que protegían al complejo del templo. El maestro Zing y los demás miembros del Gran Concejo se encontraban ausentes debido a los fuertes temblores que estaba sufriendo el continente. Desde hacía días que habían reunido a todo el equipo científico para estudiar a fondo el fenómeno. Los movimientos telúricos que sacudían a su nación no eran cosa de juego. Anya recordó las advertencias del maestro Zing sobre los desastres naturales que la entrada del Sol a la órbita oscura traería consigo, pero en el fondo no podía imaginar que el lugar que había sido su único hogar a lo largo de su vida pudiera sufrir aquellos cambios tan radicales. Se asomó por el balcón y pudo ver en los jardines a algunos guardias mirando a su alrededor, tratando de identificar daños en los edificios.

—¿Se encuentra usted bien? —le gritó uno de los guardias al verla asomarse por el balcón.

—Me encuentro bien —respondió Anya—. ¿Algún herido allá abajo? ¿Cómo se ve el edificio?

—No hemos visto a ningún herido hasta ahora —respondió el guardia— y el edificio parece intacto.

Anya agradeció al guardia y regresó a su habitación para ponerse su traje de entrenamiento. Pensó en Oren, que se encontraba en la misma área del edificio. Ambos habían sido enviados de regreso a la capital para velar por la seguridad del complejo. Dina y Dandu, por su parte, habían permanecido en Nueva Atlantis por unos días y llegarían en cualquier momento. El Gran Concejo había decidido trasladar a Nueva Atlantis las grandes bibliotecas y los objetos guardados en las salas del conocimiento; ellos estaban asistiendo a la concejal Anthea en esta tarea. Anya se dirigió apresuradamente por el pasillo a las otras habitaciones de los

maestros guardianes de la cuarta escuela. Al dar la vuelta, una figura conocida caminaba en dirección a ella.

—Precisamente a ti te estaba buscando —le dijo Oren directamente sin hacer mención alguna sobre el temblor que acababan de sentir—. Sígueme, por favor.

Y diciendo esto, dio media vuelta para encaminarse hacia uno de los jardines centrales. Anya lo seguía sin decir una sola palabra. Hacía días que no hablaba con él, pues desde el incidente ocurrido en Nueva Atlantis, cuando Dina casi había perdido la vida, Oren había cambiado por completo su actitud hacia ella; era sumamente cortante y directo en su trato, además, evitaba encontrarse con ella. Anya conocía perfectamente el motivo de este cambio tan radical hacia su persona.

Días después del incidente, Dina había recobrado la conciencia pero no podía recordar nada de lo sucedido. Tampoco podía recordar a ninguno de ellos, simplemente los miraba como a unos completos extraños y parecía no poder adaptarse de nuevo a su vida acostumbrada. Había dejado de utilizar su habitual traje de entrenamiento para vestirse con túnicas similares a los de los concejales. Este hecho les había preocupado sobremanera a ella y a Dandu, pero su súbito cambio de personalidad había causado en Oren una profunda frustración. Todos deseaban hacer algo para ayudar a Dina a recobrar su antigua personalidad, pero sus esfuerzos habían sido infructuosos. Dina se comportaba ahora como una persona totalmente distante, su atención parecía estar siempre enfocada en aspectos del mundo que ellos no comprendían. Y Oren aliviaba todo el peso de su frustración al respecto portándose cortante y grosero con Anya.

El maestro Zing les había pedido a cada uno de ellos que tuvieran paciencia, aseguraba que poco a poco Dina volvería a recordarlos a todos. Ella nunca volvería a ser la misma

persona que habían conocido, por lo que tendrían que adaptarse a su abrupto cambio de personalidad. Su transformación había sido dictada por el poder de su destino y era un hecho definitivo. Oren había mostrado abiertamente su desagrado y Anya comenzaba a preguntarse si él la consideraba culpable de lo que había sucedido ese día.

Atravesaron rápidamente el jardín central del complejo para entrar por una de las alas laterales donde se encontraban las salas de reunión. Anya adelantó un poco el paso y encaró a Oren para preguntarle:

—¿A dónde nos dirigimos?

Oren hizo caso omiso de su pregunta y siguió caminando apresuradamente. Anya estaba sorprendida de que la actitud de él fuera cada vez más hostil. Se volvió a adelantar y lo encaró haciendo que él se detuviera en seco.

—¿Qué es lo que pasa contigo? —le preguntó Anya tomándolo por un brazo—. Desde hace días casi no me diriges la palabra. ¿Qué es lo que te sucede?

Oren no respondió palabra alguna y se limitó a mirar a Anya fijamente a los ojos. Ella se dio cuenta de que él no respondería a su pregunta y lo miró de lleno también. El regalo de poder que el búho le había otorgado le permitió escudriñar hasta lo más profundo de los sentimientos que Oren guardaba hacia ella y sus sospechas al fin se hicieron realidad.

—¡No puedo creer lo que estoy viendo! —exclamó Anya sorprendida al tiempo que soltaba el brazo de Oren y daba un paso hacia atrás—. ¡Me culpas a mí por lo que le sucedió a Dina ese día!

Oren dejó de mirarla al darse cuenta de que Anya podía leer todas sus emociones. Volteó hacia un lado y tras una breve pausa volvió a mirarla detenidamente.

—¡Por supuesto que tú tienes la culpa de todo lo que sucedió ese día! —le respondió Oren exaltado.

Anya no esperaba escuchar una acusación tan directa de su parte y no sabía qué decir para defenderse.

—No pretendo decir que lo hiciste a propósito —agregó Oren con firmeza—, pero tu actitud e inexperiencia representan un verdadero peligro para todos nosotros.

—¿Cuál actitud? —respondió ella en tono de reto, pues se había sentido agredida—. Hice lo mejor que pude para salir con vida de ese combate. Lo que le sucedió a Dina fue algo impredecible. No conocíamos el poder de la magia de ese brujo, nos tomó por sorpresa.

—¿Impredecible? —preguntó Oren—. ¿Fue ésa tu excusa con el maestro Zing? Por tu culpa Dina casi pierde la vida ese día, se ha transformado en otra persona, una persona que ni siquiera nos recuerda.

—¿Y qué se supone que debí haber hecho? ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? —le gritó Anya retándolo.

Oren la miró con desprecio mientras su respiración se tornaba arrítmica y escogía con cuidado las palabras para responder. Finalmente, después de una breve pausa, le gritó iracundo.

—¡Violaste todas las reglas de combate ese día! Eso es imperdonable para alguien en tu posición. Primero, cuando descubrieron al intruso, debieron haber esperado a que llegaran los guardias para capturarlo con su ayuda. Segundo, si el enfrentamiento contra él era inminente, nunca debieron haberse separado, tú y Dina debieron haberlo enfrentado juntas para contar con superioridad numérica frente a él y así derrotarlo más fácilmente. Tercero, una vez que habías comprobado el poder mortal de tu enemigo y veías cómo luchaba contra Dina, debiste haberte lanzado contra él sin pensarlo y no quedarte viendo cómo acababa con ella. ¡Todo lo que hiciste ese día fue una completa estupidez! No comprendo cómo el maestro Zing te tiene aún a cargo de la seguridad de este complejo. ¡Eres una amenaza para todos nosotros!

Anya dio dos pasos hacia atrás y se paralizó en su sitio. La amarga impresión de lo que había sucedido ese día no le había permitido analizar los hechos desde la perspectiva de las reglas de combate. Al enfrentar la posible muerte de Dina, su mente había entrado en un estado de pánico y desconfianza hacia todo lo que la rodeaba. Desde entonces sentía un temor que la mantenía distraída todo el tiempo y no la dejaba concentrarse en tarea alguna. Ahora comenzaba a entender lo que estaba sucediendo: estaba perdiendo la confianza en sí misma. Ahora titubeaba siempre que debía tomar una decisión, ya no se sentía capaz de realizar sus labores dentro del complejo. El recuerdo de ese día la atormentaba en todo momento. Sabía que Oren tenía absoluta razón en todo lo que decía, pues la estrategia de combate había sido diseñada a través de siglos para resguardar la vida de los combatientes. Lanzarse a la pelea sin el entrenamiento y la estrategia adecuada era prácticamente un suicidio. Si hubiera procedido de la forma en que él se refirió, los resultados del enfrentamiento con el intruso habrían sido más favorables, sin duda alguna. Ella y Dina se habían equivocado tres veces ese día al planear la captura del agresor, eso era indiscutible, y las consecuencias de sus errores habían sido terribles. Su exceso de confianza la había traicionado. Ahora que conocía los sentimientos de Oren, no podía enfrentarlo cara a cara. Le estaba demostrando de forma clara que era una incompetente y además la culpaba por los funestos sucesos de ese día. Una aguda sensación de vacío invadió su vientre. Su autoconfianza se desmoronó en un instante. Su cuerpo perdió la compostura de repente y una gran decepción hacia sí misma atravesó sus sentimientos. Sintió cómo el enorme vacío en sus entrañas se convertía en una sensación de temor, y un nudo comenzó a formarse en su garganta.

—Debo volver a mi habitación —susurró Anya con voz quebradiza—. No me siento bien y tengo muchas cosas en las que debo pensar.

—¡Ahora quieres huir de tus obligaciones! —le gritó Oren—. ¡Vas a venir conmigo!

Anya no sabía cómo reaccionar. Deseaba salir corriendo hacia su habitación pero Oren le estaba cerrando el paso y era seguro que no se iba a mover. El nudo en su garganta empezaba a forzar el llanto y sus ojos se humedecieron. No quería empeorar su situación anímica enemistándose con él, eso la haría sentirse más deprimida. Bajó la mirada y cerró los ojos con fuerza, trató de recuperar la calma y comenzó a respirar sintiendo cómo su vientre se inflaba con cada inhalación. Recordó todos los años de entrenamiento a los que había sido sometida para llegar a la cuarta escuela del conocimiento y supo que debía recobrar la compostura. No podía darse el lujo de acobardarse frente a él, tenía que enfrentar la situación sin importar cómo se sintiera por dentro. Tomó fuerzas desde el fondo de sus entrañas y encaró a Oren.

—No sin que antes me digas a dónde nos dirigimos —le respondió con autoridad.

La reacción de Oren no se hizo esperar.

—Un grupo de políticos se encuentra en la sala de acceso al templo, exigen ver a los miembros del concejo de inmediato, pero aún no han llegado. Uno de los guardias se dirigía a buscarte cuando se encontró conmigo justo después del temblor. Le dije que yo iría por ti y que volviera para cerciorarse de que nadie estuviera lastimado. Tú eres la responsable de este complejo cuando los concejales están ausentes, tienes que ver quién es esta gente y porqué está aquí.

Anya titubeó por un segundo. Definitivamente no era el mejor día para enfrentar las demandas de un grupo de políticos, pero no tenía ninguna otra opción. Como maestro guardián del complejo era su obligación atenderlos.

—Bien, vayamos de inmediato a recibirlos.

Oren continuó su marcha a paso acelerado y Anya lo siguió, aunque se encontraba sumamente nerviosa y no se sentía capaz de tomar decisiones. ¿Por qué tenían que aparecer justo ese día? Todo lo que deseaba era retirarse a su habitación a meditar sobre lo ocurrido. Trató de tranquilizarse pensando que se trataba de una simple labor de protocolo en la que le preguntaría al grupo lo que deseaba hablar con los concejales y les aseguraría que su petición sería atendida a la brevedad. Trató de ganar confianza pensando en que no tenía de qué preocuparse, simplemente cumpliría su función de manera formal y ordenada. En unos minutos todo estaría solucionado.

El amplio pasillo por el que caminaban fue quedando atrás y al cabo de unos minutos estaban llegando a la sala de acceso, donde se encontraba un grupo de guardias vigilando a unas diez personas sentadas en unas bancas de piedra justo en medio de la gran sala. Todas ellas vestían las túnicas representativas de los miembros del senado, a excepción de una mujer de baja estatura que se encontraba a la espera en un rincón de la sala, ella vestía de manera común y corriente, como cualquier habitante de la ciudad. Uno de los políticos sentados en las bancas había notado su presencia y se levantó. Anya sintió un escalofrío en la espalda, casi no podía creer lo que estaba presenciando: el hombre que se acercaba para enfrentarlos era nada más y nada menos que el senador Túreck en persona. Una oleada de adrenalina comenzó a recorrer todo su cuerpo.

—¡Exijo ver a los miembros del concejo de inmediato!

—rugió la voz del senador Túreck en la sala mientras alzaba su mano amenazante en dirección hacia ellos.

Oren hizo un movimiento súbito de reflejo adoptando una posición de combate con la mano derecha en la empuñadura de su espada. Anya lo miró de reojo y percibió la tensión nerviosa emanando de él. La discusión que habían

sostenido lo había afectado y ahora se encontraba, al igual que ella, con los nervios de punta.

El senador Túreck observó la postura de Oren y se detuvo en seco a varios metros de ellos. Anya y Oren guardaron distancia, él se dio cuenta de la agresividad de su movimiento y relajó su postura. El ambiente se llenó de aprehensión en la sala y todos los senadores se levantaron de su lugar. Uno de ellos sostenía un pergamino que el senador Túreck le solicitó. Anya se encontraba petrificada en su lugar pero temblaba por dentro, su respiración se agitaba cada vez más y se lamentaba de tener que enfrentar esa situación. Oren le lanzó una mirada.

—Qué esperas para decir algo —le ordenó tajantemente en voz baja para que los demás no escucharan.

Anya titubeó por un instante y después le susurró al oído, con voz nerviosa, que ese hombre era el senador Túreck. Oren no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

Anya apuntó hacia él con la cabeza mientras observaba con detenimiento cómo el senador desataba bruscamente el rollo de pergamino que le habían entregado. Oren volvió a adoptar su postura de combate. Se encontraban ahora justo enfrente de un enemigo declarado del Gran Concejo. Ella no sabía cómo reaccionar ante la situación. El senador los enfrentó de nuevo alzando el pergamino.

—¡El senado ha emitido una resolución para que nos sean entregados de forma inmediata los prisioneros responsables del ataque a este recinto para que sean juzgados por nuestras leyes! ¡Las familias de las víctimas exigen justicia! —se dirigió a ambos en voz alta para que todos los presentes lo escucharan—. ¡Exijo que esta demanda de los representantes de nuestro pueblo sea cumplida de inmediato!

Anya había sido puesta a cargo de la vigilancia de los manifestantes que se habían rendido tras el frustrado ataque y el

maestro Zing le había explicado que eran retenidos en una zona segura del complejo para que reflexionaran sobre sus actos y comprendieran que la violencia no conducía a la resolución de sus diferencias. Muy al contrario, el senado pensaba castigarlos como si se tratara de criminales comunes. Anya miró al senador. Controló su nerviosismo y respondió con autoridad:

—Los prisioneros se encuentran bajo la custodia del Gran Concejo. Tendrán que esperar el regreso de los concejales para presentar su demanda.

—¡De ninguna manera! —respondió el senador Túreck mientras los otros senadores lanzaban consignas mostrando su desagrado ante las palabras de Anya—. Como representante del senado de esta nación, le exijo a usted, responsable de este recinto, que se someta a nuestras leyes y nos entregue a los prisioneros sin más demora. Su juicio ha sido decretado por nuestro sistema de justicia. Las muertes que causaron aún pesan sobre la población. Ni usted ni el Gran Concejo tienen la autoridad para retenerlos. ¡Entréguenoslos ahora mismo! ¡Es una orden!

Anya se dio cuenta de que los senadores no tenían intenciones de marcharse sin que su demanda fuera cumplida. Poco a poco todos se fueron juntando alrededor del senador Túreck en muestra de su apoyo. Oren, que se encontraba al límite de la tensión nerviosa, le susurró a Anya:

—No muestres debilidad. No vamos a entregarles a ningún prisionero.

Anya tomó la palabra de nuevo y enfrentó al senador Túreck.

—Los prisioneros permanecerán en el complejo hasta que lleguen los concejales. Su demanda les será dada a conocer tan pronto vuelvan. Ahora les pido que se retiren.

El senador Túreck hizo una señal a uno de los miembros de su grupo para que saliera de la sala de acceso al templo.

Los demás permanecieron ahí reclamando a Anya su postura, pero ella no se movía de su lugar y Oren permanecía a su lado observando la situación.

De pronto, uno de los capitanes de la guardia del templo entró por un acceso lateral y les pidió a Anya y Oren que se apartaran para hablar en privado. Los tres se alejaron del sitio donde se encontraban los miembros del senado.

—Maestros —les dijo con respeto—, un grupo de más de trescientas personas se aproxima hacia el templo. Vienen exigiendo a gritos que les entreguen a los prisioneros. Todos se encuentran armados y están a sólo unos minutos de alcanzar el perímetro exterior de vigilancia.

Anya miró a Oren desconcertada, tenía que tomar una decisión de inmediato. Miró a Túreck, que conversaba discretamente con los demás senadores, e intuyó de inmediato que él había urdido el plan de atacar de nuevo el complejo del templo, aprovechando la ausencia de los concejales. En unos cuantos minutos comenzarían a atacar a los guardias.